

ACUÑA DE FIGUEROA Y LOS POETAS COLONIALES DE MONTEVIDEO *

Una pintura de Montevideo en 1850

En el mes de junio de 1850, un escritor francés, Xavier Marmier, concluía en Montevideo un dilatado viaje al través del continente americano. Había recorrido primero los pueblos de la América septentrional. Había contemplado maravillado el espectáculo de la democracia de Estados Unidos que, en momentos en que su unidad nacional aparecía próxima a quebrantarse, proseguía sin tregua la labor de forjar como en fragua de cíclope los metales de las varias razas humanas, preparando para el porvenir el bronce de una estirpe nueva. En el Canadá, en territorios que integran hoy la Confederación del Norte, en islas de las Antillas, en los sitios de América en los que Francia colonizadora posara su planta, había rastreado el viajero con singular complacencia las huellas de su pueblo, que persistían semiborradas en tierras conquistadas al fin para la civilización inglesa o española. Espíritu nómada, devorado por "la nostalgia del espacio" era Marmier de aquéllos siempre espoleados, como Loti, por inaplacable curiosidad más allá de la línea del horizonte, para reflejar en sus libros imágenes recogidas en lejanos mares y exóticos países.

* *La Nación* Buenos Aires, 20 y 27 de abril; 4. 11 y 18 de mayo de 1924.

Sus "Cartas de América" forman un libro de amena y fácil lectura, escrito en prosa elegante, la prosa de un "causeur" espiritual que ha leído y visto mucho, dotado de extraordinario don de simpatía y de curiosidad. Una tarde partió Marmier de Buenos Aires, ciudad de cuya vida bajo la tiranía esboza algunos cuadritos, embarcado en uno de los paquebots ingleses que mensualmente y de paso para Europa tocaban en Montevideo, brindando comodidades que no poseían otros barcos de la carrera. Por la mañana siguiente veía por primera vez brillando a los rayos del sol de un día casi primaveral las cúpulas aporcelanadas de la Catedral de Montevideo. La nueva ciudad dio al viajero una sensación de blancura y despertó por momentos en su espíritu reminiscencias de Oriente: contemplándola desde la bahía, sus calles escalonadas en el manso declive de la cuchilla destacábanse como las talladas graderías de una cantera de mármol. Ondeaban en la rada los pabellones de guerra de doce navíos franceses que autorizaban con sus bocas de fuego las gestiones del almirante Le-Predour.

Vivía entonces Montevideo el séptimo año del Sitio Grande. Quedábanle tan sólo reliquias de la maciza armadura colonial de sus murallas, ya rota y desceñida por mandato de la Asamblea Constituyente. En los prósperos años anteriores al sitio, la expansión de la edificación urbana rebosó por las brechas del amurallado recinto y se tendió por las circundantes cuchillas. La sombra maléfica de Rosas había velado al viajero francés la visión de Buenos Aires. El Montevideo de la Defensa ganó sus simpatías. La imagen de la ciudad se levanta bella y nítida de sus páginas cordiales. Era aquélla la ciudad de casas con ventanas de voladas rejas y misteriosas penumbras, de encala-

das paredes, de zaguanes con ancha franja de azulejos y cerrados por el portón de hierro, tras del cual ábrese el florido patio, amplio, hospitalario y alegre bajo el toldo de la parra sombrosa; las mismas casas que en nuestros mismos días caen una tras otra al golpe de la destructora piqueta. En las tardes serenas las azoteas de forjadas rejas, los blancos miradores, son terrazas creadas por la blanda brisa del río y se enguirnaldan de frescos búcaros de mujeres. Pasean entonces por las calles amartelados galanes cuyas siluetas románticas perduran en grabados y estampas. Son los tiempos heroicos del romanticismo platense. La clase pudiente de la ciudad mantiene, entre las estrecheces y las miserias del sitio, cierto bienestar y lujo materiales. Hasta a onza de oro se paga el ramo de camelias que ha de ofrendarse luego en pequeño estuche de plata o de oro, y aun alguna vez adornado de piedras preciosas. En lo espiritual, brisas europeas han renovado y refrescado el ambiente enclaustrado y austero de la sociedad colonial. El viajero francés, que en más de una etapa de su viaje americano había podido dolerse de los inmensos campos de expansión perdidos en el continente por su pueblo, recibe en Montevideo una sorpresa grata. Aquella ciudad es casi, según sus palabras, una colonia industrial ganada pacíficamente y que en el porvenir, cada vez más, sin obra de armas ni violencias de soldados estará abierta al genio expansivo y laborioso de Francia. La colectividad francesa es la más numerosa de Montevideo. Pero hay un hecho aun más hondo. No hay orden de ideas, como no existe tampoco producto industrial, que no tenga estampado el sello de Francia que, apenas roto nuestro aislamiento, ha afirmado su espiritual

hegemonía, aun hoy indisputable. Ecos de su espíritu resuenan en los escritos de los publicistas. En lengua francesa están los modelos que copian los poetas, lo mismo para entonar las elegías del destierro, que para enriquecer los cantos de amor o templar los yambos disparados contra la tiranía.

“Todo se ha transformado: las cosas y los hombres mismos”, escribe en 1846 Sarmiento en la carta a López, publicada en el tomo de sus viajes. Concreta su impresión en una fórmula extremada y paradójica, una fórmula agresiva que hace violencia a la realidad para oponer al estancamiento del medio de la tiranía el triunfo del europeísmo civilizador, cuyo soplo poderoso agitaba y removía profundamente el ambiente montevideano: “Buenos Aires, España exclusiva; Montevideo, Norte América cosmopolita. ¡Cómo han de estar en paz el agua y el fuego!”. Comenta luego Sarmiento con verba pintoresca, en página briosa y colorida, la mutación profunda acaecida en Montevideo. Si alguno de sus antiguos y expulsados dueños retornase hoy, medita Sarmiento, ¡qué cambio, Dios mío! Buscaría en vano en calles y plazas los nombres del santoral español; no lejos de la Catedral vería con escándalo alzarse el templo protestante; hallaría hombre libre al que dejara esclavo, y trocada en “auberge” la rancia fonda española... Todo se transformaba, en efecto, en la ciudad: las ideas, las costumbres, los prejuicios que circunscribieran el horizonte espiritual caducaban, no de otra manera como cedían y se desmoronaban las murallas que la ciñeran otrora.

El viajero francés recibe la misma impresión de cosmopolitismo de tintes afrancesados. Traza Marmier

algunas semblanzas de las personalidades que en Montevideo integraron el grupo prócer de los proscritos argentinos, los varones de aquella esclarecida generación aventada trágicamente hacia todos los ámbitos de América, y que en todas partes, entre el desamparo y el ostracismo, mantenía para calentar y abrigar sus espíritus con la caricia de sus llamas sagradas, el nostálgico recuerdo de la patria negada y el amor de la libertad escarnecida.

Reseñando las nuevas tendencias literarias, señala las primeras etapas de la conquista espiritual del romanticismo y consagra a Esteban Echeverría algunas páginas empapadas de simpatía. Comenta la labor de los innovadores románticos, cuyas innovaciones eran en gran parte, como lo han sido por lo general en América, transplantes más o menos afortunados a nuestro suelo de gajos brotados en el último florecimiento francés o europeo. Tiene una mención especial para Hilario Ascasubi, el trovero gauchesco, tosco y sin aliño en la forma, pero cuya obra autóctona está nutrida por los jugos silvestres extraídos de la tierra americana, heredero y continuador de la poesía que amaneció en la aurora de la emancipación, en los versos de Hidalgo. Finalmente, escribe el crítico de otro poeta, de obra también, aunque por diverso modo, hondamente enraizada en el suelo nativo, vocero de la tradición urbana, cuyos versos forman como una crónica animada y varia, una pintoresca evocación del viejo Montevideo que desaparecía ya por la acción del tiempo inevitable. Hay en el juicio, desde luego sobrado benévolo de Marmier, una frase que hizo fortuna: "junto a los innovadores románticos hay allí un poeta del buen tiempo pasado". Es verdad

esto, cuanto pueda ser verdad entre nosotros esa eterna ilusión del sentimiento por la cual a nuestro parecer es mejor cualquier tiempo pasado. La frase cierta quedó para Figueroa como la frase consagratoria que ha menester a nuestro juicio cualquier doméstico renombre. Porque difícilmente entre nosotros entra nadie, ya no en el templo, pero ni siquiera en el atrio de la fama, si no es apadrinado por escritor de Francia o de Europa que le dé el espaldarazo sacramental y se digne unirlo caballero. Fue aquélla para Figueroa la frase ritual, que con frecuencia sonó en sus oídos en tono de alabanza y que después de morir fue repetida sobre su féretro como el elogio mayor y postero: "un poeta del buen tiempo pasado".

Leamos ahora en su integridad el juicio de Marmier: "Junto a los innovadores románticos hay en Montevideo un amable poeta del buen tiempo pasado, Figueroa. Este no ha querido abandonar las regiones mitológicas que aprendió a venerar en los bancos del colegio. Canta a Febo y a la Aurora de rosados dedos como sus maestros del siglo dieciocho. Cabalga en su Pegaso y trepa alegremente al Parnaso, deteniéndose a beber a la vera del camino en la fuente Castalia. Todas las reglas de las antiguas escuelas le son queridas y todos sus caprichos le sonríen. Un Dios le ha prodigado dulces ocios y los consume en los juegos del enigma, de la charada y del madrigal. Realiza las violentas proezas del anagrama y del acróstico como aquellos hábiles versificadores cuyas composiciones más excéntricas ha coleccionado el erudito Peignot. Plasma como Panard, (poeta del antiguo régimen), la canción para beber, tallada en forma de botella. Pasa con ágil facilidad de lo grave a lo dulce, de lo

entretenido a lo severo. Aguza el epigrama cáustico como Marot en su juventud galante y como el Marot de la madurez traduce devotamente los salmos. No traduce sólo himnos bíblicos: los compone también originales, con religioso espíritu. Porque, si su imaginación se complace vagando entre las paganas tradiciones, su corazón pertenece a la pura doctrina evangélica. Como el autor de "Las Lusíadas" mezcla en la odisea de su vida las fábulas del Olimpo a las austeras creencias del cristianismo. Luego de celebrar al Amor y a las Gracias con ritmo anacreóntico deja esas estrofas profanas para escribir con sincero recogimiento una paráfrasis del Pater, una epístola a su cura o unas letanías a la Virgen. Tal aparece en sus obras, tal en las diversas fases de su carácter: afable y jovial, espiritual y tierno, lleno de indulgencias para los otros y de desconfianza para sí mismo... Es un placer leer sus versos; es grato conocerlo".

Semblanza de Figueroa

La personalidad de Francisco Acuña de Figueroa es la central de este breve ensayo sobre nuestros poetas coloniales. Le corresponde de pleno derecho un capítulo inicial de nuestra vida literaria. Es justo hacer de la figura del fecundo poeta la personalidad central y representativa de una larga época de nuestra poesía que llena con sus producciones, agrupando en torno suyo a los demás rimadores que, con mayor o menor fortuna, fueron sus compañeros o sus émulos. La tarea por momentos nimia y prolija de escribir una biografía que carece de hechos heroicos y

memorables, sería amena y hasta presumo que grata si el cronista acertara, como vivamente lo anhela, a trasladar a sus páginas algo del color, del aroma de los viejos tiempos montevidéanos, en estos artículos que ha compuesto, alternando con otros trabajos consagrados a materia viva y actual. Porque cree que nunca es tan dulce la imaginada visión del pasado, como cuando se lucha y vive en el presente, atento a todas las vibraciones y estremecimientos del espíritu nuevo. La crítica puramente negativa es fácil, es demasiado fácil, aplicada a estas obras iniciales en las que la primera mirada del observador descubre lo que tienen de hojarasca amarillenta, de vacua y envejecida retórica que a nadie engaña.

Poeta secundario para un criterio rígido y justiciero, aun puesto en parangón con los ingenios del siglo XVIII español de que el suyo en los comienzos directamente procede, Figueroa prolonga durante largos años en nuestro ambiente embrionario los ecos de una escuela de decadencia. Con tales deficiencias, los frutos de su ingenio son todavía los más sabrosos y más sazonados que la cultura colonial dio de sí en nuestro solar montevidéano. Solo, o coreado por otros rimadores de menos relieve, de rasgos más borrosos y desdibujados, llena una etapa de nuestra crónica poética, en la poesía culta. Surge literariamente a la luz en el año inicial de la revolución oriental, en 1811. Suyos son de los primeros versos de la primer imprenta montevidéana. No hay, desde entonces hasta su muerte en 1862, apenas diario o publicación a la que no haga oblación de parte de su caudal. La vena afluyente y copiosísima de su inspiración se vuelca durante medio siglo en el árido arenal del ambiente

de un pueblo novísimo, exento de tradiciones intelectuales, donde todo había de crearse lentamente en el campo de la cultura. El encarna y personifica literariamente entre nosotros, con más títulos que nadie, esa cultura empobrecida, pero que es uno de los elementos primarios de nuestra formación intelectual y social. Perteneciente por tradición y por vínculos de familia al núcleo conservador de la ciudad, al estallar la revolución, como muchos otros, no acierta a vislumbrar sus proyecciones, ni a comprender su grandeza. El cronista de la aldea colonial encuéntrase convertido con el rodar del tiempo y de los sucesos, en el ciudadano de una nueva y turbulenta República. Intenta entonces ser en alguna manera su "poeta civil"; suyos son también himnos de la primera época; sus canciones acompañan todos nuestros acontecimientos cívicos. El narrador en verso del sitio de 1812, el festivo coplero de la vida doméstica y municipal, pulsa con la solemnidad y el decoro requeridos la lira de bronce y merece ser el Rouget de l'Isle de dos naciones jóvenes de América, según la frase de García Calderón. Uno de los tres tomos del primer cancionero patrio le pertenece. Al margen, diría, de esta labor "oficial", va concluyendo otra, acaso para él más deleitosa, varia y multiforme. Traduce himnos sacros y versos clásicos, y, como siempre la rima y el ritmo se le rindieron dóciles, lo hace con soltura a veces no exenta de elegancia. Ensayo el cielito gauchesco en la vihuela de Hidalgo. Lleva en la sangre la hispana afición de la plaza de toros e inventa la "Toraida", poemita de tono regocijado en el que pinta con risueña animación los incidentes y lances de la lidia. Las grandes palabras de libertad, de gloria,

con que esmalta sus cívicas canciones, no le engañan, ni ignora las míseras realidades que suelen revestirse de tan vistosas y sonoras apariencias; las rípidas pasiones irracionales de épocas bravías, de tiempos de hierro; las encrucijadas y cenegales de la baja política; las secretas vanidades y flaquezas de los hombres públicos; las declamaciones mendaces y los histrionismos merced a los cuales en su tierra y en todas partes, en su época y en todas las épocas, suelen granjear aplausos del necio vulgo. Derrocha su ingenio fertilísimo para acribillarlos a epigramas. Maneja con soltura y agudeza la letrilla satírica, la décima y el intencionado romance. Traduce del italiano clásico y amplifica extensos poemas jocosos. Redacta, en la jerga burlesca y torpe de la plebe africana legalmente redimida que se hacina en los suburbios, himnos y canciones para sus fiestas y candombes. Aun descende más su musa; se mancha con el epigrama sucio, la composición licenciosa y procaz que circula secretamente de mano en mano y se festeja a carcajadas en las ruedas de "hombres solos". Diestro versificador, ágil y flexible, recorre toda la gama poética. Durante la lectura de esa obra copiosa y desigual que llena, sin ser completa, doce volúmenes, se dibuja en la imaginación una personalidad de inconfundible y, en nuestro ambiente, original perfil. La primera generación romántica no dio de sí tampoco en el Uruguay ningún poeta capaz de eclipsarle. El personaje reinante llegó a ser el romántico soñador y melancólico, que desde entonces ocupó un lugar prominente en la escena literaria. Protagonista natural de un siglo agitado por angustiosos problemas espirituales y sociales y de una época cuyos cimientos eran socavados por subte-

rráneas corrientes de ideas y de sentimientos. Había allí, nadie lo ignora, un avance, alma adentro de la poesía y el descubrimiento de nuevas idealidades, de nuevas y maravillosas surgentes de poesía y de belleza. Pero nuestra primera generación romántica no tuvo poeta que acertara a dar digna, musical y perdurable expresión a esas idealidades y a esos ensueños. Reinó durante largos años la insincera afectación, poesía quejumbrosa más que doliente, que por una inquietud verdadera mentía cien tristezas no sufridas. Inundáronse las letras de impotentes remedos; la imitación desatentada y servil rebajó admirables modelos al nivel de la vulgaridad. En medio de este coro lloroso ocurre echarse de menos el numen regocijado y chispeante del viejo poeta, aquella sana sonrisa que retoza en sus labios; apartados los oropeles de la decadencia, conserva su obra reflejos del ingenio de castiza cepa española. Echase de menos también aquel noble fondo de clásica cultura que él poseyó, disciplina insustituible del espíritu, y su castellano, si no rico y numeroso, limpio y discreto, que hace de él en la dicción, uno de los escritores más puros que en América pueden encontrarse, según el juicio de Menéndez y Pelayo. Frisaba ya en los sesenta años cuando Marmier le conoció y trazó la silueta recordada anteriormente. Achacoso, pero sin perder su optimismo ingénito, adelantaba sin temor ni tristeza por la avenida invernal de los años de la ancianidad, como hombre bien dispuesto para con el mundo, al que nunca pidió más de lo que razonablemente pudiera darle. Gozaba de la consideración de sus convecinos; alcanzaba, sino la fama, una modesta gloriola, confundida en la estimación casera y en la propia con la

reputación de hombre ingenioso y decidor, repentista incorregible, número obligado de toda solemnidad cívica y social. Así, el enorme caudal de versos que compone su obra llegó a formar, según la frase de Menéndez y Pelayo, una especie de crónica muy divertida de las costumbres de Montevideo durante medio siglo. No brillaba esperanza de mejoramiento o de progreso que no exaltara alguna composición suya; no ocurría duelo sobre el que no arrojara — ofrenda jamás negada — el tributo de algún verso; como la copa henchida para el brindis de espumoso vino, alzaba siempre alguna estrofa en las horas de júbilo colectivo. ¿Para qué analizar tan efímeras obrillas? No preguntemos si el licor de la copa es fino y exquisito; el gesto es siempre amistoso y cordial... Pagaba demasiado caro, en elogios ditirámicos a todos los caudillos que se alternaban en el "jus utendi et abutendi" del poder público, su deseo de vivir consagrado a sus plácidas tareas literarias. Le faltaban altivez y austeridad. Para ganar un precario pasar quemaba pródigamente su incienso ante los ídolos del foro.

Si al menos hubiese ahora
Quien comprase poesías,
Yo pusiera un baratillo
De sonetos y letrillas.

Clamaba el vate acosado por la pobreza, apurando su ingenio para dar de reír a ministros y presidentes a costa de sus propias penurias, relatadas entre chanzas y retruécanos en largos memoriales rimados:

Si mis zapatos se ríen
Mis pantalones suspiran,
Y el paletó más parece
Fariseo que levita...

Y tengo que andar a veces
doblando varias esquinas,
por evitar con gambetas
acreedores que me espían.

El ha trazado su retrato en zumbonas letrillas, intencionados juguetes donde perduran mil detalles y escenas de la vida íntima de nuestros abuelos: allí aparece en las tertulias de la antigua sociedad montevideana, de gustos sencillos y semipatriarcales, donde sus ocurrencias y chistes eran festejados entre una y otra partida de mus o de béciga, mientras circulaba el mate de labrada plata o ardía el brasero con la bien provista y repujada salvilla, de vista grata y reconfortable aroma.

¿No es una figura casi familiar y simpática la que se perfila con amable llaneza e indudable gracejo en los fáciles rasgos de este auto-retrato?

Era algo trigueño,
De rostro festivo,
De talle mediano,
Ni grande ni chico.
De nariz y boca
Un poco provisto
Y el lacio cabello
Algo enrarecido.
Eran apacibles
Sus ojos y vivos,
A veces locuaces
Y a veces dormidos.
Su rostro era feo
Mas no desabrido,
Sino que inspiraba
Confianza y cariño
Tuvo algunas veces
Defectos y vicios,
Mas su alma era noble,
Su pecho sencillo.

Un lunar tenía
Con vello crecido
Fijado en el medio
Del diestro carrillo.
Su acento era suave
Y asaz expresivo,
Mas una dolencia
Le puso ronquillo.
Usaba antiparras,
Tomaba polvillo
Y era con las damas
Atento y rendido.
No era su carácter
Adusto ni esquivo
Y así era de todos
Amado y bienquisto.
Contaba mil cuentos
Con sus ribetillos
Dejando lo exacto
Por lo divertido.
Formaba renglones
Largos y chiquitos
Que se le antojaban
Versos peregrinos.
No invocaba a Apolo
Por ser masculino
Y sólo a las Musas
Pedía su auxilio...

Tal era Francisco Acuña de Figueroa; hombre en todo, de índole mansa y benigna, que en la literatura y en la vida no aspiró más que a la dorada medianía que envidió el poeta latino amable y liviano, cuyo libro nunca empolvado fue consuelo y confidente de todas sus horas y cuyo "Carmen secular" vertió al castellano en formas no indignas.

El cantor del Montevideo español, cuya primera obra tan solo estudiaré en estos artículos, descuella más tarde en el grupo de los poetas de la patria recién

formada; alterna luego con los poetas y publicistas de la primera generación romántica en los años del Sitio Grande, y sobrevive aún largo tiempo al desenlace de ese vasto drama político y social. Único en este amor entrañable y exclusivo de los hombres de su generación, sólo aspiró a ser poeta: sólo al morir soltó su mano la pluma nunca ociosa.

El despertar de 1806

La exaltación cívica y el ardor guerrero de las luchas contra los invasores ingleses, turbaron el sueño plácido de la aldea colonial cuyas horas se deslizaban lentas y felices, medidas por los pausados toques de las campanas, agitadas tan sólo por querellas y disputas de preeminencia entre cabildantes y gobernadores o autoridades eclesiásticas. En aquella alta y memorable ocasión, dos rimadores se alzaron a cierta discreta notoriedad aldeanega; personalidades ambas de borrosos perfiles, cuyo estudio detenido se justifica por el mérito de la prioridad en el tiempo y porque sus canciones fueron en Montevideo el único acompañamiento lírico de la gesta viril: José Prego de Oliver y Juan Francisco Martínez.

El primero de ellos gozaba ya de cierta aura en los ralos cenáculos literarios platenses. En los padrones de Montevideo de 1812 y 1813 he leído los datos correspondientes a Prego de Oliver, distintos en ambos documentos. D. José Prego de Oliver, domiciliado en la calle San Miguel, de cincuenta años de edad, hijo de D. Pedro, español por ambas líneas, dice uno de ellos; natural de Cataluña, precisa el otro. Por catalán, pues, le tengo, salvo contraria prueba. Era administrador de la Real Aduana, en cuyo puesto sucedió a D. Miguel

de Luca, padre del poeta Esteban de Luca. Era Prego persona de cierto relieve social; en su casa se hospedó Michelena, aspirante a gobernador, cuando los famosos incidentes con Elío en 1808, y celebraba fiestas y saraos.

Ya el poeta aduanero había hecho gemir más de una vez las prensas de los Niños Expósitos con piezas como una sátira, ejecución literaria consumada con el ensañamiento característico de las rencillas entre letrados del siglo XVIII, y cuya víctima fue un malaventurado vate, el licenciado Echave, culpable de haber pretendido introducirse de contrabando en el Parnaso, fraguando unas poesías fúnebres a D. Pedro Melo de Portugal y Villena:

El coro de las Musas
Antes llenas de gracia y gentileza,
Ahora todas confusas
Destefnido el fulgor de su belleza,
Lanzan suspiros, y en su pena grave
Piden de Dios venganza contra Echave.

Respondió, destilando hiel, el ofendido licenciado, y los ecos de aquellas enconadas cuanto fútiles reyer-tas resonaron largo tiempo en el quieto ambiente de la capital del Virreinato.

Desde su bufete de Montevideo, Prego de Oliver colaboró en la curiosa tentativa cultural que tuvo por iniciador al coronel Cabello y Mesa y que se concretó en la edición "El Telégrafo Mercantil", primera publicación periódica del Río de la Plata. Una onda de la corriente de ideas que en la Península había suscitado la política reformista de los primeros Borbones, alcanzó a tocar en estas lejanas playas. Si pudiera, sin temor de incurrir en anacronismo, decorar con rótulo

moderno a la tendencia de conjunto de aquella publicación, diría que ella alentaba un espíritu "americanista". No porque participe de la opinión impresionista y ligera, ya suficientemente desacreditada por los críticos, de quienes le atribuyen oculta trascendencia y no sé qué móviles siniestros de heterodoxia política, velados en la conocida fórmula del epígrafe, calcada sobre un verso de Tibulo, de intención mucho más modesta:

Al inocente asido a su cadena
La esperanza consuela y acaricia.
Suenan el hierro en sus pies, y dale pena;
Mas canta confiado en la justicia.

Pero la predilección con que acogió en sus páginas todo lo que atañía a la naturaleza, a las industrias, a la población y a la historia de estas regiones, realza y avalora la colección del periódico del publicista extremeño. El conocimiento circunstanciado de las diversas regiones del Virreinato, el interés por la exhumación de sus recuerdos históricos, la polémica sobre sus posibilidades económicas, la crítica relativamente libre de las costumbres y hábitos sociales, tuvieron órgano que las promoviese y divulgase. El espíritu ilustrado del siglo XVIII alargó un pálido destello que alcanzó a esclarecer ese centón de páginas promiscuas. Tocan particularmente a Montevideo, en otras, algunas notas sobre las ventajas de su puerto, otras que se refieren al estado social y religioso de la campaña oriental y una "Relación histórico-geográfica" con noticias sobre las poblaciones, la fauna y la flora del territorio, cuyo autor se disimuló con el seudónimo de "Juan Pueblo".

Fue acontecimiento justamente sensacional, en su hora, la publicación en el número primero de "El Telégrafo" de la "Oda al Paraná", del Dr. Labardén. Al modo clásico personifica Labardén al río Paraná, divinidad fluvial, padre río, genio propicio y tutelar, de aquellos a quienes los pueblos se confiesan deudores de la fecundidad, la riqueza y la hermosura de su suelo. El sentimiento virgen de la naturaleza argentina pugna por abrirse paso entre los inevitables remedos de escuela. Una corona de retorcidos juncos y de silvestres camalotes ciñe la frente del numen del río. La invocación al Paraná fue, a partir de aquella revelación, lugar común de los pocos poetastros platenses; poblaron de nereidas y tritones las undosas y apacibles corrientes de los ríos indígenas; prodigaron doseles de oro, doradas cornucopias y sonantes caracoles marinos; con tan infantiles recursos de escenografía poética, trazaron cuadros menos ricos y lucidos que el de Labardén, atestados como él de reminiscencias y muletillas retóricas, pero en los que se echa de menos aquel vislumbre de la auténtica naturaleza de América, aquella vaga, incierta visión del porvenir que parece flotar, como niebla dorada por la primer flecha ardiente de la aurora, sobre las invocaciones del poeta:

Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor; bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos ...

Prego de Oliver descolló junto a Labardén en aquel grupo de rimadores: Azcuénaga, Miguel de Belgrano, Medrano, Rivarola... En "El Telégrafo" publicó una "Canción" en elogio de la oda de Labardén. Colaboró

también en el "Correo de Comercio", publicado por Belgrano en 1810, próxima a sonar ya la hora de la revolución; lucen al pie sus iniciales una "Oda a la luna", otra titulada "Himeneo y una Sátira". Pero su mejor título al recuerdo, según unánime consenso de los escritores, es el folleto que contiene los "Cantos a las acciones de guerra contra los ingleses en las Provincias del Río de la Plata en los años de 1806 y 1807", impreso en 1808 por la prensa de los Expósitos, y cuyas piezas incluidas (aunque truncas, podadas de las alusiones realistas) en la colección de "El Parnaso Oriental", como cantos cívicos.

La América en sí vuelve,

decía Prego sin sospechar el inesperado sentido con que el rodar de los sucesos cargaría a estas palabras inofensivas. En estrofas de agradable corte, para tan alto y severo juez como Menéndez y Pelayo, ensalzaba la figura de Liniers y glorificaba a esa "persona" anónima del pueblo, verdadero protagonista y triunfador, cuyo oscuro seno comenzaban a agitar los latidos primeros de una conciencia colectiva en gestación:

Cual anda el pueblo lleno de heroísmo!
El pueblo, cuyos brazos
Al enemigo hicieron mil pedazos ...

Pueril juego y notorio yerro sería el de falsear el claro espíritu de los "Cantos" de Prego, aguzando el sentido de frases incidentales. Los versos del español Prego de Oliver no pudieron, al interpretar el sentimiento legítimo de orgullo cívico de los vencedores, mostrar estampada la huella del sentimiento local platense, ni siquiera en la manera como ella aparece

patente, en escritos como "El Triunfo Argentino" de López y Planes, dentro de términos de acrisolada lealtad a la gran patria ibérica.

Forman el folleto de Prego cuatro composiciones. La oda "A la reconquista de la ciudad de Buenos Aires", abrevia en cuadritos de muy relativa plasticidad escenas de la reconquista: finge el poeta que las inevitables náyades del Paraná, sorprendidas al chocar con las quillas ferradas de las naves que han transportado a la expedición reconquistadora, suben, abandonando sus líquidas moradas, a ver el campamento sobre el cual tremolan los estandartes y en el que se aprestan los soldados para el combate y liberación de la capital, descritos en las estrofas finales.

"A la gloriosa memoria del teniente de fragata D. Agustín Abreu, muerto en la acción del campo de Maldonado el 7 de noviembre de 1806", dedicó Prego su segundo canto. Agustín Abreu fue jefe de una expedición enviada por Sobremonte con el propósito de batir a los ingleses adueñados de Maldonado y bloqueados allí por partidas volantes de caballería; la columna a sus órdenes luchó contra fuerzas superiores y al comienzo de la acción cayó herido gravemente el jefe, recibiendo después de derribado del caballo algunos golpes de sable; también fue herido su segundo, el capitán de dragones D. José Martínez, debiendo emprender retirada, falta de mando, la expedición. Prego de Oliver ensalza el fin heroico de su amigo en estrofas húmedas de emoción, "no sin expresiva ternura", al decir de Menéndez y Pelayo.

"A Montevideo, tomada por asalto por los ingleses en 3 de febrero de 1807, siendo gobernador de dicha plaza el brigadier de la Real Armada D. Pascual Ruiz

Huidobro" reza el largo título de la tercera composición y no faltan entre la bambolla sonora que la llena, algunos versos menos malos, en los que se entrevé la imagen de la ciudad dormida, sobre cuyos muros se destacan rígidas las vigilantes siluetas de los centinelas:

.. sobre el arma

Apoya el brazo en que rechina el cuerpo
La circunvalación del muro todo
De trecho en trecho milites sustenta,
Que inmóviles y atentos representan
Estatuas del silencio, que interrumpe
El eco bronco de olas encrespadas,
Que azotan el peñasco y luego humilde
Bésanle el pie y escúrrense a su centro.

Cierra la pequeña colección una Oda "al Sr. D. Santiago Liniers, brigadier de la Real Armada, y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, por la gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Aires atacada de diez mil ingleses el 5 de julio de 1807", que se inicia con claras reminiscencias clásicas:

Gloria inmortal al héroe, que al britano
Lanzó del patrio suelo
Bajo la angusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dio al hispano salud, al anglo miedo ...

Recae sobre el maestro insigne Menéndez y Pelayo la culpa de haber bastardeado la crítica, tan simple, de estas primeras composiciones cívicas americanas, con importunas quisquillosidades y resquemores patrióticos, que debieran ser patrimonio exclusivo de escritores menores, en quienes no asombra tal desviación del criterio.

Si una jerarquía cabe señalar en obrillas de esta calidad, en un plano de severa verdad crítica, es de corrección y de buen gusto relativos dentro de la fraseología hinchada y pedante que "todas" exhiben. Afirmo que todas, sin olvidar la Oda de Juan Nicasio Gallego, ponderada desmesuradamente por Menéndez y que, siendo sin duda la más pulida y discreta de cuantas en aquella ocasión se escribieron en España y en América, está todavía repleta de rasgos de intolerable gusto y empedrada de burdos ripios. No he de renovar aquí el análisis que Rojas hace de ella en "Los Coloniales". Todas estas obras saben a "literatura muerta" según la frase de Juan María Gutiérrez. Los "Cantos" de Prego de Oliver, examinados en ese conjunto, son todavía de los más fluidos y correctos y, a falta de reales bellezas, tienen estas cualidades negativas, denunciando en su autor a un escritor de cierta ilustración para el medio y el momento y de alguna facilidad y destreza en el manejo del verso.

Presumía Prego de usar con propiedad el idioma castellano y escribió una "Crítica Jocosa" de los americanismos y corruptelas que lo viciaban en estos países. Conozco algún expediente de presas marítimas en el que el incorregible versificador quiebra a destiempo una lanza por los fueros del idioma, hollados por algún docto curial y, olvidando el asunto de su informe, arremete contra los que "hacen fuerza a la pureza virginal de la lengua castellana trastornando el sentido de las voces, introduciendo sin discernimiento otras nuevas", innovadores que en su opinión debieran ser perseguidos "con más saña que la que manifestó la Inquisición en quemar las brujas"... En "El Parnaso Oriental" se incluyó entre otras como suya la "Oda"

de Jovellanos a la decadencia de España; sin sospechar esta falsa atribución de paternidad, Gutiérrez la ponderó por sobre todas las de Prego; levantó ya este yerro don Benjamín Fernández y Medina. Afirma Gutiérrez que el buen administrador de Aduana se solazaba escribiendo versos de clandestina circulación y temas vedados por la decencia, los que por fortuna suya no le han sobrevivido... Estas muestras de su ingenio le valieron durante largos años la consideración y la estima de sus émulos de la capital. En estilo pasablemente ridículo se le llamó el "Cisne de la otra ribera del Plata". Un admirador lo consagró solemnemente a la inmortalidad, enderezándole un dítirambo que comienza de esta manera:

Inmortal Prego (si es que este dictado
 Tu carácter exprime) nuevo Apolo
 Que emulando dulzuras del primero
 Le has menguado la gloria de ser solo ...

Figuroa, en el "Diario Histórico" habla de Prego como del "más famoso poeta de su tiempo"; el elogio es suficientemente relativo... A partir de 1814 no he hallado rastros suyos en los archivos de Montevideo, que en los años anteriores abundan en documentos que llevan su firma, aunque de índole administrativa y rutinaria. La última noticia suya que poseo es la de su asistencia, como miembro de la Junta mixta consultiva creada por Vigodet, a la asamblea reunida en la sala del Fuerte el 19 de junio de 1814 para deliberar sobre las condiciones de capitulación de la plaza (v. "Diario Histórico").

Poeta lírico, épico y dramático fue el sacerdote Juan Francisco Martínez, hijo de Montevideo, según los tes-

timonios que poseemos, que no he podido corroborar, individualizando su partida de nacimiento entre las dos o tres de idéntico nombre y apellido de la época. Era hombre de algunas luces e ilustración, consagrado a la enseñanza. En el año 1805 solicitó del cabildo y obtuvo permiso para fundar en Montevideo un aula pública de latinidad en la que, según expone "siguiendo siempre los impulsos de sus deseos en aprovechamiento de la juventud e ilustración de ella, puede enseñarle al mismo tiempo la Gramática Española en que podrían los jóvenes perfeccionarse en su nativo idioma, teniendo de él los regulares y debidos conocimientos como también en el arte de bien hablar o retórica". Despachó favorablemente el pedido, el síndico procurador, ponderando la utilidad que traería al vecindario "siendo moderada la contribución que exija de los discípulos y mucho más si este sacerdote estimula con su notorio celo la aplicación de la juventud con certámenes públicos u otros atractivos". Accedió a la solicitud el gobernador Ruiz Huidobro, asesorado por el Cuerpo Capitular que se congratulaba al expedir su dictamen de que, con la apertura de esa cátedra "repartidos los jóvenes y minorado su número en la de San Francisco, debía prudentemente prometerse mayor adelanto en un idioma que abre la puerta de las ciencias mayores para los que quieran continuar la carrera de las Letras". Como el padre Martínez había cursado estudios en las aulas de Buenos Aires se le ordenó adoptase en su cátedra los métodos y reglas en ellas vigentes.

En el año 1807 el padre Martínez ofreció al Cabildo un "Poema épico", en el cual cantaba... "las glorias de sus compatriotas en la admirable reconquista de

Buenos Aires". Presentó, también, más tarde, al Cuerpo Capitular un drama que se representó en el teatro de esta ciudad para la primera función que se hizo en memoria de aquel acontecimiento, y otras composiciones poéticas escritas para la misma función, para solemnizar la jura de Fernando VII y para las suntuosas exequias hechas en homenaje a los hijos de la ciudad, muertos en las acciones de guerra contra los ingleses.

De esta copiosa producción salvóse hasta hoy del olvido el drama, de nombre, de tan acentuado sabor clásico español, "La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada". En la Casa de Comedias, el rústico caserón de Cipriano de Melo, subió a escena la primer pieza dramática de autor montevideano, cuando aún palpitaban en todos los pechos las emociones de las magnas jornadas históricas que le dieron argumento. Treinta años después, el autor del "Parnaso Oriental" acogió en las páginas de su obra esta composición, no sin poner a salvo a la vez su escrupulosa conciencia de antologista y sus gustos artísticos: "aunque casi todos los personajes son alegóricos y la estructura de la composición de un género reprobado por la escuela moderna, el editor del Parnaso ha creído de su deber publicarla sin permitir se hiciese en ella alteración alguna". Ignoro si la pieza, tal como allí se publicó, es la primitiva versión o alguna posteriormente enmendada por su autor, ya que el padre Martínez solicitó del Cabildo, devolución temporaria de su manuscrito en 12 de octubre de 1810 con el fin de adaptarlo a las nuevas circunstancias y convertirlo en pieza apta para seguirse representando en todos los aniversarios de la Reconquista. Presumo lo primero, por las alu-

siones finales a la expectativa de una nueva invasión inglesa. Aunque no he visto el código del Archivo Mitre, puedo afirmar que esta obra es la misma a que Ricardo Rojas se refiere como un auto patriótico inédito en la página 491 de "Los coloniales"; falta en la edición del "Parnaso" la copia final "Adición por el día", que, como Rojas lo presume, hubo de servir para una representación con motivo de la jura de Fernando VII.

La acción pasa en una selva. Sentada en un trono, coronada de flores, la Ninfa Montevideo se revuelve en las divagaciones de una pesadilla; una música oculta acentúa los sentimientos del recitado. Este musical acompañamiento, característico de los juguetes escénicos, loas, autos, unipersonales, desenvuelve sus variaciones ora alegres, ora lúgubres, ora marciales, lánguidas o "furiosas", a lo largo de la representación:

¡Oh, cuánto mi pecho afligen
Los celos de esta Escuadra!
¡Dónde vendrá a descargar
La tempestad que amenaza!
Estos cimbreados pinos
Que en el Río de la Plata
Surcan ¿adónde sus proas
Dirigen con tanta audacia?

Irrumpe ahora en escena la Ninfa Buenos Aires, con grande aparato de consternación, enlutada, llorosa, suelto el cabello. Se entabla un diálogo en el que Buenos Aires describe su opulencia, su prosperidad y hermosura, señuelos de la codicia inglesa:

En delicias gozaba
Los halagos risueños
Con que Apolo y Minerva
Por hija me aplaudieron.

Ceres con su abundancia
 Empeñada en mi obsequio
 Vistió el campo de flores
 Y llenó con sus mieses mis graneros.
 La cándida Latona
 Y el refulgente Febo,
 Del Perú en las entrañas
 Tesoros produjeron,
 Y puestas a mis plantas
 Riquezas me ofrecieron
 Que envidiarlas podría
 El opulento rey de Lidia, Creso.

Narra luego la conquista, siguiendo una pueril escena que remata en un desmayo de ambas Ninfas — ciudades; ha desaparecido por escotillón su interlocutora, cuando Montevideo vuelve en sí iniciando un parlamento, con altos y bajos de energía y de abatimiento, alzándose al fin con la resolución de lanzarse sin más a la empresa conquistadora, para la que al instante convoca a sus hijos. Asistimos ahora a un desfile que encabeza el gobernador y del que forman parte el Cabildo, el comercio, los hacendados, todas las corporaciones de la ciudad, que oyen relatar el infortunio de la capital y responden con gritos de guerra y de venganza, acompañados también por voces del pueblo. Se hace el recuento de los recursos bélicos y el elogio de las diversas unidades de guerra. Uno tras otro se adelantan el Cabildo, el comercio, los hacendados, y ofrendan a la patria sus haciendas, sus esfuerzos y su sangre, rivalizando en generosa decisión. El gobernador reclama para sí el honor y el riesgo del mando, pero se le hace presente que su juramento le obliga a no desamparar la plaza. En este instante aparece un oficial cuyo nombre no se pronuncia en escena, como no se pronuncia el del gobernador Ruiz Huido-

bro, ni el de ningún otro personaje: la "loa" es a la ciudad, a la entidad colectiva, a la "patria" y no decae en glorificación personal y adulatoria. El oficial Liniérs, descubre la impaciencia de Buenos Aires por quebrantar el yugo isleño, recibe el bastón de mando, y desaparecen todos para ultimar los aprestos de marcha. Vueltos a escena poco después, se anuncia estar ya concluidos los preparativos y el general arenga a las tropas, recomendándoles el valor frente al enemigo y la humanidad para con los vencidos, española virtud:

Que el enemigo humillado
Pasa a ser hermano nuestro.

Montevideo despide a las tropas con palabras de aliento y de esperanza y desaparecen todos entre vivas, acompañamientos de parches, de brillantes músicas y estruendo de fusilería. Concluye así el primer acto.

En el mismo escenario está la Ninfa Montevideo, al abrirse el segundo, aguardando con mortales ansias, noticias de la expedición, cuando surge en escena Neptuno, en medio de súbita tempestad, para jactarse de su poderío y recriminar a Montevideo el agravio de resistir a su pueblo predilecto, Albión. Y cuando la Ninfa temerosa va a arrojarse a las plantas del dios, aparece Marte y socorriéndola, hace a su turno un enfático elogio de su grandeza, confesando predilección por la Nación Española. Entre rumores de tempestad abandonan la escena ambas divinidades, trenzadas en singular batalla.

Ahora vuelve a escena, por breves momentos, la Ninfa Buenos Aires, pero jubilosa y triunfal, coronada de flores y vestida de gala, trayendo la nueva de su

liberación. "Victoria para nuestras armas", gritan voces, que, luego de desaparecer Buenos Aires, interrumpen un monólogo de Montevideo. El gobernador entra a dar cuenta del parte del triunfo, que se festeja con grande algazara, música y bullanga. Salen de nuevo el Cabildo, el comercio y hacendados, y el oficial conductor declama un "Poema" en octavas reales, con la descripción de las acciones de guerra, invadiendo la escena un tropel popular. Montevideo,

Bella Ninfa de estas selvas,
Dulcísima patria amada.

según expresiones de los actores, hace el elogio de todos los soldados y partícipes de la empresa:

Hijos de Montevideo,
Con todos mis voces hablan:
Vuestras son aquestas glorias
Vuestras son victorias tantas;
Vuestro el justísimo elogio
Con que ha de decir la fama
Por la redondez del orbe
Que a Buenos Aires vengada
Dejastéis, manifestando
La lealtad más acendrada.

Esta apoteosis colectiva, impregnada de orgullo regional montevideano, tiene inesperado y aparatoso desenlace con la entrada de Neptuno, a quien Marte arrastra y humilla a sus plantas, entre relámpagos y truenos. Finaliza la obra con un cartel de desafío que el vencido dios queda encargado de conducir a su destino y cuyas arrogantes palabras debieron recitarse en aquellas horas primeras, coreadas por varoniles y enardecidas voces:

Levanta, y a la Inglaterra
Comunícale tu agravio:
Dile que a vengarlo vuelva,
Que la fiel Montevideo
Y Buenos Aires esperan
Con ansia que sus escuadras
Segunda vez acometan.
Para que con nuevos triunfos
Coronadas sus cabezas
De laureles, en sus manos
Nuevas plantas reverdezcan.
Hijos de Marte, gloriosos
De serlo, habéis dado pruebas
Haciendo flamear laureadas
Las españolas banderas;
Pues, decid, triunfantes héroes,
De tanta alegría en muestras:
¡Vivan las dos más ilustres
Ciudades de nuestra América!

Este drama intenta abarcar el episodio total de la reconquista. Obra de circunstancias, nacida en momentos de entusiasmo y de orgullo ciudadanos, su acción es desmayada y lánguida; la disposición de las escenas obedece al claro propósito de formar grupos plásticos que han de lucirse en las tablas con acompañamiento de músicas y exhibiciones de banderas y emblemas patrióticos. Las alegorías son frías y artificiosas. La tramoya, fabulosa y mitológica, raya en bufonería. Resalta el parentesco de esta obra con las producciones seudoclásicas del teatro español de decadencia del siglo dieciocho. Así lo comprendió acertadamente Francisco Bauzá en su ensayo "Los poetas de la revolución", lo que no fue óbice para que muy luego avanzara la afirmación horrenda de que la obra del padre Martínez es de "corte griego", perdiéndose en reflexiones sobre el fatalismo, para concluir

por reprobar al autor, sacerdote católico, el haber sacrificado en los altares de esa ciega divinidad pagana...

Por nota inédita suya al Cabildo tenía noticia de que el padre Martínez había, además de este drama, escrito un "Poema", cuyo asunto era también la Reconquista. El manuscrito original — o copia de la época — llega ahora a mis manos, cedido generosamente por su actual poseedor, el señor Angel H. Vidal. Es un cuadernillo de doce fojas, cuya carátula reza así: "Octavas. — A la pérdida y reconquista de Buenos Aires, por un defensor de la patria. — Año de 1806. Compuesto por el presbítero don Juan Francisco Martínez". Es un canto en cincuenta y seis octavas reales. Veinte de ellas, con otras cuatro nuevas, forman el "Poema" intercalado en el drama; el padre Martínez desglosó del canto épico esas estrofas para formar con ellas un recitado de su obra dramática. El poema completo, las cincuenta y seis octavas del manuscrito de la época, fue publicado, con muy leves diferencias, provenientes de errores de copia, en la "Antología" del señor Juan de la C. Puig, atribuyéndose su paternidad al oidor de Barcelona Manuel Pardo de Andrade, de quien da cumplida noticia J. T. Medina en su monumental "Bibliografía". Pero Medina dice tan sólo que el magistrado barcelonés escribió dos "Silvas", referentes a los sucesos del Río de la Plata, una de las cuales fue reimpresa en Buenos Aires. Que el "Poema" pertenece al padre Juan F. Martínez es un hecho suficientemente acreditado por la existencia del manuscrito montevideano de la época que lo contiene, por la inclusión en el drama de su fragmento y por las noticias de los documentos del Archivo Administrativo,

según las cuales, aquel hijo de Montevideo fue autor de un "Poema" heroico, escrito en la misma ocasión histórica que su drama, poema que el Cabildo ofreció imprimir a costa del erario comunal, cuya promesa no pudo o no quiso cumplir más tarde.

Reivindicada para el padre Martínez la legítima paternidad de esta obra, diré que su valor literario es nulo. Dificil es hallar algún rasgo vivo, algún trazo animado o feliz, algún hilo de oro, o si quiera de plata, en el descolorido canavás de ese poema. El autor parece haber gastado sus escasos alientos de poeta interpretando el sentimiento español, platense, montevidiano, cuando las victoriosas jornadas contra los invasores ingleses. En ninguna otra composición de la época está tan cargado el matiz regionalista, tan fuertemente marcado el acento montevidiano. Todo él es un panegírico de su pueblo natal, cuya lealtad y esfuerzo se enaltecen con visible delectación y clara preferencia, pintándose lo vigoroso y unánime de la decisión popular. En el "Drama" se han suprimido algunas de las estrofas más significativas en ese sentido, estrofas que sólo en Montevideo pudieron escribirse entonces, a raíz de los sucesos, cuando la disputa sobre los trofeos de la victoria era cuestión candente de honra y de vanidad para los buenos vecinos de la muy leal y reconquistadora ciudad.

Pocas noticias más tengo del padre Martínez. Pasada aquella hora de cívica exaltación, parece haber dejado dormir su lira, cubierta de polvo. En 1811 fue nombrado censor de teatros por el Cabildo de Montevideo para examinar y expurgar los papeles de comedia que se dieran al público. Figuró más tarde en las filas patriotas. Con fecha 9 de abril de 1814 fue nombrado

capellán del regimiento número 9, que a las órdenes de Pagola marchó al Ejército del Alto Perú después de la capitulación de Montevideo y que tuvo lucida actuación en aquella campaña. Al partir para ese destino compuso una "Canción" de despedida a Buenos Aires, que está en "La Lira Argentina" y en "El Parnaso Oriental".

El "Diario Histórico de 1812-1814"

El fundador de la familia montevideana a la que perteneció nuestro poeta fue D. Jacinto Acuña de Figueroa, quien ocupó en la plaza y desempeñó con decoro y competencia uno de los más encumbrados puestos de la burocracia colonial. Los abuelos paternos del poeta, D. Domingo de Acuña y D^a Gregoria Lase (o Lagos) Figueroa, fueron gallegos, del pueblo de San Martín de Salcedo, de la jurisdicción de Santiago de Compostela. Allí nació también D. Jacinto Acuña. Habitó en Cádiz cosa de tres años antes de pasar a radicarse en las Indias, arribando a Montevideo en 1774. El 23 de noviembre de 1782 contrajo matrimonio con doña María Jacinta Bianqui, de diecinueve años de edad, natural de Buenos Aires, aunque su familia se hallaba vecindada en Montevideo; su padre, D. Domingo Bianqui, era subteniente del Regimiento de Infantería de Buenos Aires; llamábase su madre María Josefa Bertelar y Vega. Nacieron de aquel matrimonio ocho hijos: Juana, Gregorio Manuel, Vicente, Raymundo, Agustín, Francisco Esteban Claudio, Joaquín y María Francisca. D. Jacinto Acuña de Figueroa gozó durante toda su larga vida de inalterable consideración en la sociedad de Montevideo.

Ajeno a las pasiones políticas y a los partidos, sin que fueran obstáculo las mutaciones profundas de la época procelosa en que vivió, permaneció confinado en su bufete, ceñido a la rutina de su oficio de burócrata, senda apartada y llana. Fue desde su llegada empleado de las Reales Cajas. Antes de 1810 ejerció el cargo de ministro de la Real Hacienda. En octubre de ese año fue designado también por Vigodet vocal de la Junta de Real Hacienda y Arbitrios, compuesta de siete vecinos de autoridad y creada para asesorar al gobernador en las críticas circunstancias que traía para Montevideo la Revolución de Mayo. Alejado de su oficio temporalmente en 1814 durante el gobierno de Alvear, en 1815, al ocupar las fuerzas artiguistas la plaza, fue repuesto en su empleo con carácter provisional por oficio de García de Zúñiga, sucediendo a Ignacio Núñez, que lo desempeñara interinamente. Por resolución de Otorgués, de abril 18 de 1815, fue confirmado en el puesto con la asignación de 1500 pesos anuales que disfrutaba bajo el gobierno español; al cargo de oficial mayor y ministro sustituto fue promovido entonces con ochocientos pesos anuales D. Bartolomé Hidalgo, nuestro primer poeta criollo. Hidalgo sustituyó a Figueroa durante los intervalos en que éste debió alejarse de su empleo en 1815, atacado de una afección a la vista. Recomendando a sus superiores a Bartolomé Hidalgo, el viejo funcionario lo pinta como hombre "muy acreedor a esa confianza por su delicadeza, inteligencia y conocimientos". Ejerció de esa manera el cargo, Hidalgo, hasta que en agosto, Figueroa ocupó de nuevo el Ministerio. Del mismo año es un documento que lleva la firma de Jacinto Acuña de Figueroa y da testimonio de su competencia: se titula "Instrucción

que forma esta Contaduría de Hacienda del Estado para gobierno de los comisionados que con el cargo de ministros sustitutos de Hacienda y Rentas se nombrarán por D. Fernando Otorgués, coronel de Dragones de la Libertad y jefe de Vanguardia del Ejército de la Banda Oriental y Gobierno de Montevideo para servir interinamente los Ministerios que se establecerán en Maldonado y en la Colonia". Esta instrucción contiene normas concretas sobre reorganización económica del territorio, trazando las jurisdicciones de ambos Ministerios y abrazando varias suertes de materias financieras y administrativas, como ser percepción de rentas, fiscalización de tráfico terrestre y marítimo, arreglo de hospitales, contabilidad, manejo de caudales públicos, represión del contrabando... Jacinto Figueroa prestó servicios al Estado hasta mayo de 1829. El Gobierno patrio provisional resolvió en esa fecha, por un laudatorio decreto, su jubilación del puesto de contador liquidador, cuando contaba 52 años de no interrumpidos servicios. Aún sobrevivió tres años. Murió en Montevideo en junio de 1831, siendo sepultado en el cementerio de la Iglesia Matriz.

Uno de los hermanos del poeta, Agustín Acuña de Figueroa, prestó distinguidos servicios en las luchas contra los ingleses. En el Batallón de Partidarios de Vázquez Feijóo tomó parte, junto con Bartolomé Hidalgo, en el combate del Cardal, siendo herido en una pierna. Sirvió valerosamente su puesto administrativo durante el asedio de Montevideo y en la noche que siguió al asalto y toma de la plaza, atravesó las líneas sitiadoras, uniéndose a su padre, quien, poniendo a salvo los archivos de su cargo, estaba a la sazón en

Santa Lucía, acompañándole luego en un penoso viaje hasta Buenos Aires. Más tarde fue comisionado para conducir a España, pliegos del Real Servicio y otros que confió a su custodia el ministro en el Janeiro, sufriendo una odisea que culminó con el naufragio de la fragata que lo conducía, a la entrada de Cádiz. Sus servicios fueron reconocidos y premiados por el Supremo Consejo de España e Indias, brindándosele un puesto administrativo.

Otro de los hermanos Acuña de Figueroa, Claudio, militó en el Regimiento del Fijo durante el segundo sitio por los patriotas. En la batalla del Cerrito luchó heroicamente hasta caer con catorce heridas de sable, bayoneta y bala, recibiendo en su lecho de muerte los despachos de alférez con que Vigodet lo galardonaba.

Manuel Acuña de Figueroa hizo una honesta carrera administrativa: fue contador de la Nación y murió rodeado de estimación social en 1860.

Era Francisco Esteban el quinto de los hijos de D. Jacinto Acuña de Figueroa. Nació en Montevideo el 3 de setiembre de 1791, siendo bautizado el mismo día en la Iglesia Matriz por el teniente cura y beneficiado D. Pedro de Pagola, siendo padrinos de pila D. Francisco de Paula Iherbery y D^a María Bertelar y testigos D. Gerónimo Bianqui y D. Joaquín Pelegrini. Recibió su primera educación en los claustros del convento montevideano de San Francisco. Pasó luego a completarla al Real Colegio Carolino. Salió de allí buen latinista y acopió los primeros sólidos elementos de una ilustración literaria y una cultura clásica por las que descolló entre los rimadores de su tiempo.

Ya en 1807 aparece agraciado con la plaza de supernumerario de la Real Caja, iniciando su carrera

burocrática a la sombra tutelar de su padre. Un certificado autorizado en 1º de octubre de 1810 por el gobernador D. Joaquín de Soria Santa Cruz acredita que desde el 1º de diciembre de aquel año servía su puesto con contracción y celo ejemplares en la oficina y juntó al gobernador, en el despacho de pliegos reservados a la península. Ese puesto de confianza ocupaba al pronunciarse la Revolución de Mayo. En 1813 fue promovido al cargo de guarda-almacén interino de artillería. No es de extrañar que permaneciera fiel a la causa a la que servía por la alta posición de su padre y por sus estrechos vínculos con los centros más conservadores de la ciudad. Como muchos otros que luego prestaron eminentes servicios a la causa de la Independencia o escalaron en la República elevados cargos, no comprendió en el primer momento la trascendencia de la revolución. Su actitud espiritual frente al movimiento emancipador quedó definida con precisión y creo que en lo fundamental con indudable sinceridad en el "Diario Histórico". La facultad poética había sido flor tempranera de su ingenio: desde niño versificaba con cierta fluidez. En "La Gaceta" de Montevideo, publicó, poco antes del sitio, sus primeras composiciones, dos poesías que más tarde desdeñó incluir en sus obras. Su primer folleto es uno escasisimo, al que no he visto nunca referencia, editado en 1811 en la Imprenta de la Ciudad: "A la victoria contra Massena por el ejército combinado". Celebra en octavas reales los triunfos de la lucha de la independencia española. Aparece ya esta pieza salpicada de las inevitables alusiones mitológicas, Martes, Parcas y Belonas, toda la moneda de vellón del tesoro retórico de los versificadores al uso. La estrofa final servirá para muestra de lo que es esa composición de perverso gusto:

Felice España! ya rayó la aurora
Del día que tus Glorias eternice
A tus hijos con palma vencedora
Triunfantes ves cual otra Berenice
Montevideo de alegría llora,
Viva Fernando tiernamente dice,
Viendo resplandecer con dos nortes
El Consejo Regente con las Cortes.

Por fortuna, sólo fragmentos del "Diario Histórico del Sitio de Montevideo en los años 1812-13-14", están concebidos en el mismo tono heroico. El buen sentido del autor le aconsejó renunciar a la epopeya. Esa decisión privó a nuestras letras de un enorme poema en octavas reales de tediosa y mortal lectura. Tuvimos, en cambio, un "Diario" a ratos divertido, escrito con prolijo realismo y escrupulosa nimiedad y con gran variedad de metros y de acento. Toma nota el autor de los sucesos cotidianos, narrándolos en verso con aquella afluencia extraordinaria que fue, a la vez, su don y su capital defecto. No llegó a su conocimiento, detalle vulgar o prosaico, ni hecho de armas, no sucedió accidente de reír o de llorar, que él no pusiera en verso con aquella minuciosidad paciente de que dan idea los tomos de sus manuscritos que guarda la Biblioteca Nacional, de clara y mediana letra, aderezados con perfiles y primores caligráficos, trazados con mano lenta y experta, con voluptuosidad de oficinista de los tiempos viejos.

Salvó así del olvido un cúmulo de noticias cuyo conjunto hoy avalora su obra y cuya descripción hubiera desdeñado si, por desgracia, su musa calzara el trágico coturno. Más vida tiene y más interés su libro, considerado como documento histórico que por su escaso valor estético. Sus fuentes de información eran

muchas y seguras, dada su posición personal en las oficinas de Gobierno y el rango de su padre que intervenía en los detalles de la administración cotidiana y en las secretas e importantes deliberaciones de gobierno. La versión del "Diario Histórico" publicada en las "Obras Completas" no es la primitiva, sino la que pulió, limó y aumentó con datos tomados de documentos en 1844.

"Cuando cuarenta inviernos, escribe, han cubierto y templado con su nieve el fuego de las rivalidades en las guerras de la Independencia, se puede ya con menos inconvenientes evocar de sus sepulcros la sombra de los guerreros que en su olvido silencioso yacen; renovar a los viejos que han sobrevivido sus recuerdos de gloria; contar a los hijos y a los nietos los timbres y proezas de sus mayores; a los vencedores y vencidos ponerlos frente a frente, porque se han extinguido sus rencores, y con la voz de la imparcialidad invocar su justicia." Reivindica Figueroa para sí cierta imparcialidad en el reconocimiento y distribución de méritos y loas, y la reivindica con verdad. Le era fácil esa ecuanimidad hasta por el escepticismo de su blando carácter; era más que un actor, sin perjuicio de sus simpatías, un espectador capaz de cierta indulgencia, capaz de templar sus apasionamientos con buena dosis de incrédula ironía. Era un temperamento nada heroico y poco inclinado a comprender los sacrificios hechos en aras de una causa política. Interesante sería, sin embargo, el conocimiento de la versión primera y auténtica de su "Diario", despojado de las posteriores correcciones y enmiendas. El manuscrito original fue regalado por el poeta a la esposa del General Rivera y más tarde adquirido por

el contraalmirante D. Miguel Lobo, durante su estada en Montevideo.

El almirante Lobo emprendió en 1876 la publicación de este manuscrito, ponderándolo en oposición al que poseía la Biblioteca Nacional de Montevideo y que sirvió para la edición conocida como "producto genuino de una imaginación y de un corazón libre aún por completo de toda prevención política, que no a otra cosa aspiraba sino a narrar con fidelidad los hechos". De la edición hecha por Lobo sólo conozco un fascículo o cuadernillo que existe en la Biblioteca Nacional y salió de la Imprenta de la Idea. Contiene sólo numerosas correcciones de estilo y de minucias y de alguna insignificante anécdota omitida en la posterior versión. D. Gregorio F. Rodríguez ha recogido en su "Historia de Alvear" noticias que el general Mitre hubo de labios del poeta durante la Guerra Grande y consiguió luego en papeles inéditos referentes a las negociaciones de Vigodet con Artigas y Otorgués, durante el sitio de 1812 a 1814. Valiosas son ya las noticias que el "Diario" publicado contiene; pero las referencias verbales parecen ir más allá. Es éste un motivo más para desear el hallazgo de la primitiva versión.

En cuanto a la situación personal del poeta, está explicada con indudable veracidad en el prólogo. "Como otros muchos americanos, que después se han hecho recomendables por las letras, o por las armas, en honor y defensa de la patria, él, en los primeros años de la revolución y muy joven todavía, cedió a las simpatías de familia, a las preocupaciones de su educación y antecedentes, y no comprendió a primera vista lo grande del movimiento ni su impulso regene-

rador, que debería fructificar en las generaciones del porvenir; asustado por el áspero sacudimiento y convulsión que aquél hacía experimentar a todo el antiguo orden social, se encontró colocado entre aquéllos que pretendieron poner un dique con sus pechos al torrente que se desbordaba, sin dejar por eso de amar mucho a su tierra natal y aun de experimentar nobles simpatías hacia sus compatriotas libertadores, como se manifiesta en muchos pasajes de esta obra. Fácil le hubiera sido borrar actualmente hasta los vestigios de sus antiguas opiniones; pero esto sería mentir a la patria y mentir sin utilidad para ella... Además, tan notoria superchería en el escritor haría sospechosa la ingenua veracidad de la obra. Sus correcciones en este particular han sido bien ligeras: sólo ha suprimido o templado la acritud de algunas frases o reflexiones impregnadas del tinte dominante de la época”.

Para Acuña de Figueroa la guerra de la Independencia asume los caracteres de una guerra civil, una discordia fratricida, cuyas proyecciones lejanas no alcanza a columbrar, envueltas como están en la nebulosa incertidumbre del amanecer. Tiene su libro un sentido netamente conservador. Narra cómo, cuando se abren los portones de la muralla para dar paso a negociadores, sitiadores y sitiados se abrazan jubilosos y se juntan entonces las familias divididas. Hay un tesoro común y perenne de simpatías y de recuerdos en aquella pequeña sociedad oriental, desgarrada por el grande infortunio de la guerra. Después de la batalla del Cerrito, hijos de la ciudad que están en el campo sitiador suscriben donativos para auxiliar a los heridos de la plaza. El sentimiento regionalista, el sentimiento localista, eterno fondo del patriotismo

español, se trasparenta también en sus páginas. El amor de la patria chica, del recinto familiar de la ciudad natal, está entrañado en el amor de la magna patria, abstracta y lejana, y le infunde su íntimo calor: es el fuego central de ese pequeño mundo de sentimientos.

De día, en su oficina del Parque de Ingenieros, Figueroa va poniendo en verso, prolijamente, los episodios, aun los más nimios de la guerra y de la vida interna de la ciudad. Libre y ligera vuela la pluma rasgueando el papel y dejando en él trazadas, no columnas de números o párrafos de notas oficiales, sino las estrofas en que se vuelca sin agotarse la irrestañable vena del joven poeta; alguna vez el olvido de un borrador denuncia a los superiores cuál es la frívola tarea con que el amanuense suple las obligaciones de su cargo, falta que agrava el tono satírico de las anotaciones. Queda así, en octubre de 1812, abandonada sobre la mesa de trabajo, la diaria elucubración conteniendo una censura que roza a las autoridades de la plaza, por haber albergado entre muros al autor de una sangrienta tropelía en el campo sitiador. El mayor de plaza y jefe de la oficina, Diego Ponce de León, en cuyas manos cae el manuscrito, escribe despectivamente al margen: "disparate de poeta". Pero al volver al siguiente día encuentra, como caído por azar el papel, que tiene escrita esta rimada réplica, venganza del festivo poeta:

Cuando yo pienso y medito
Sin cegarme la pasión
Para mí una infame acción
Doquier se halle es un delito;
No sancionaré en mi escrito
Una aberración completa;

Y así la razón decreta
Que es error lo que estampáis
Y acierto el que vos llamáis
Disparate de poeta.

Es de noche, robando horas al sueño, cuando Figueroa, en la casa paterna, va narrando para la posteridad la lenta y trágica agonía de la ciudad protagonista. Afuera, en la falda del Cerrito, arden las luminarias y los fogones del campamento sitiador. Se han corrido los cerrojos de los ferrados portones. En los muros se encienden barricadas de grasa de lobo y a su trémula claridad se perfilan vagamente las siluetas de los centinelas. Por las calles, muy junto a las paredes, se deslizan sombras famélicas y plañideras. Mujeres acosadas por el hambre se ofrecen a los transeúntes. En los huecos del amanzanamiento acampan y padecen, diezmadas por el hambre y la peste, numerosas familias sin abrigo que al acercarse las fuerzas patriotas se refugiaron en la ciudad. Las noches de bombardeo discurren sobresaltadas e inquietas; las campañas de la Matriz claman alarma cada vez que el vigía apostado en la torre ve estallar a lo lejos el fogonazo de un disparo y las espoletas de las granadas rubrican las sombras con rojas parábolas.

En las noches tranquilas, junto a las murallas, el paso rítmico de los centinelas resuena hondamente en el silencio, interrumpido sólo por el alerta que llega de un cercano puesto, por el disparo del fusil de algún soldado medroso que hace fuego contra algún desertor que se descuelga del muro o contra algún bulto que cree ver acercarse embozado en la noche. Cuando la jornada ha sido triste y luctuosa — al llegar la nueva de San Lorenzo, en la noche del Cerrito o después de

la rota de la escuadra — las fogatas, los festejos, los ecos de músicas marciales que llegan del campo sitiador traídos por el viento, insultan la quietud fatigada de la playa.

Algunas noches, de pronto, tras el “glacis” de la muralla, del lado del campo, suenan ruidos de voces que se acercan; los rasgueos de una guitarra preludian luego un estilo criollo y las palabras de una décima, de una copla o de un cielito suben vibrando en la serena noche. Es un grupo de soldados temerarios que vienen a cantar las toscas canciones de la patria naciente al pie de los inexpugnables baluartes españoles; es, si no una voz femenina, la de “Victoria la cantora”, alguna cruda hembra de campamento como la que ha pintado en “Ismael” Eduardo Acevedo Díaz:

El ratón en su cueva
huye del perro
y de susto prefiere
morirse adentro.
Así cobardes,
los godos van muriendo,
pero no salen.

Otras veces los audaces cantores entonan en coro burlescos responsos. Pero en alguna ocasión también la canción de desafío es interrumpida por el disparo de una morterada; en la mañana siguiente las patrullas que rondan en las cercanías de los muros hallan, junto al terraplén sembrado de sangrientos trofeos, la rota lira del payador nocturno... Acuña de Figueroa traslada a su “Diario” y conserva estas estrofas, algunas de las cuales cuentan entre las atribuidas a Hidalgo.

Día a día, hora a hora, narra el poeta la lenta agonía de Montevideo, postrada por el hambre, por la peste, por el fuego enemigo. Pero no todo es lúgubre en el relato. Hay también espacio para el episodio jocoso que torna más livianas y llevaderas las miserias. Tal un asalto nocturno del poeta a los jardines del fuerte para hurtar verduras. La chispa epigramática salta irreverente y jovial en lances como el del predicador que dice su sermón en día de bombardeo y tranquiliza a su auditorio:

“Hijos no hay que temer, Dios nos escuda — gritaba con fervor el misionero; — mas silbó una redonda y el buen padre desconfió del “escudo” y saltó al suelo.”

Vemos también resaltar numerosos cuadritos de la vida familiar, como aquella celebración de la noche de Navidad a la usanza española, en horas de amarga zozobra y de amenaza, que alegra las desiertas calles con rondallas de guitarras y zambombas y sonar de villancicos...

Hasta que un día blanquean en el horizonte las velas de los barcos de la escuadra de Brown. Desde las azoteas de la plaza, los vecinos siguen más tarde con ansia las incidencias del combate naval en que la escuadra española sucumbe sin honor y sin gloria; con ella se rinde la última esperanza de la ciudad. El largo drama toca a su histórico desenlace. El 23 de junio de 1814, a mediodía, la guarnición de Montevideo sale al campo al son de trompas y cajas por el portón de San Juan; poco después avanza hacia el portón de San Pedro una lucida columna que hace estremecer el aire con la sonoridad de sus músicas triunfales; es la escolta “resplandeciente de acero” del general Al-

vear, quien, jinete en fogoso corcel bañado de espuma, entra con sus tropas a tomar posesión de la plaza. La dominación española en Montevideo ha concluido. Toca con ella a su fin la obra del poeta, la más importante de nuestra opaca literatura colonial, escasísima, como correspondía a una pequeña ciudad pobre, fundada en pleno siglo XVIII para plaza fuerte y cuya sociabilidad había crecido lentamente, orientándose entre las naturales incertidumbres de todos los orígenes hacia un destino propio, aún no despejado y claro.

Es poco el valor literario de este "Diario". No es la evolución luminosa y colorida de un artista, el cuadro en que se funden armoniosamente líneas y matices. Pero como guía histórica es inestimable y preciosa. Hemos de agradecer al viejo poeta la afanosa solicitud y la precisión veraz con que hizo el recuento de los hechos cardinales y de los detalles e incidencias menudas de aquellos memorables años. La imagen del Montevideo de los últimos tiempos de la dominación española resurgirá gracias a él, nítida y precisa, llena de vida y de intenso color, en los relatos del futuro historiador artista que acierte a revivirla en la mente y a trasladarla a las páginas del libro con verdad y hermosura.